

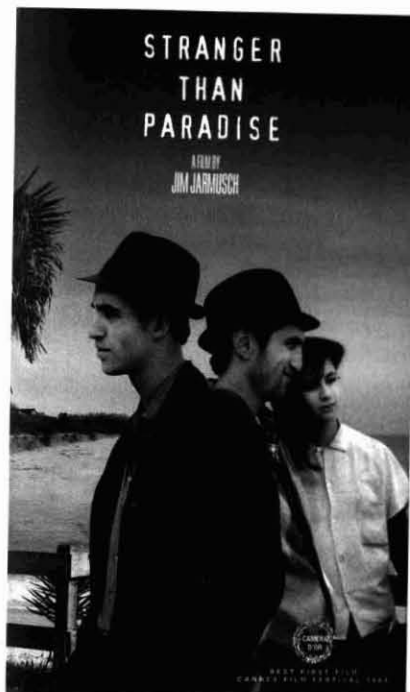
El mundo es triste y hermoso

Rosa Albina Garavito Elías*

En octubre del año pasado, a un mes de los atentados en Nueva York y en medio del lanzamiento de la absurda "guerra por la libertad duradera" de Bush, se exhibió en las salas del cine comercial la película *Ghost dog, el camino del samurai*, del estadounidense Jim Jarmusch. De manera simultánea, en la sala José Revueltas del Centro Cultural Universitario de la UNAM, se realizó un ciclo de ese director. En total, seis películas que se convirtieron en un espléndido regalo para quienes nos negamos a aceptar la guerra como la vía más expedita para globalizar la vida en el planeta, o para acabar con ella. No sé si ese ciclo de Jarmusch haya sido el primero, lo cierto es que yo apenas había visto *Noche en la tierra*, que ocasionalmente se transmite por televisión, esa película donde cada ciudad del mundo es la estación de un largo viaje nocturno en taxi, una especie de odisea moderna de la humanidad.

Jim Jarmusch forma parte de la llamada corriente del cine independiente de Estados Unidos y a la hora de concitar apoyos para sus producciones, su mundo fílmico es un mundo globalizado en el que participan Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Italia, e Islandia. Pero, además, tampoco existen las fronteras cuando Jarmusch construye historias y personajes; en sus películas desfilan americanos, indios, negros, húngaros, finlandeses, japoneses, franceses, italianos.

Como en las películas de los hermanos Marx, las historias de Jarmusch están plagadas de equívocos, el espectador es testigo del desastre continuo



que termina por convertirse en una manera de estar en el mundo, como un caos primigenio que se alarga hasta el infinito. Es posible que sobre el mundo haya caído alguna maldición para que los hombres tengan que recomenzar la historia; sin embargo, todo parece indicar que prefieren ese caos primigenio. Siempre marginales, sus personajes tienen el candor de los rebeldes primitivos.

No importa si fue a causa del ántrax o de alguna guerra química, o simplemente fueron los efectos del capitalismo devastador, el hecho es que en el mundo de Jarmusch las ciudades están desiertas y decrepitas, los hombres deambulan en ellas, o en pantanos, o en bosques circulares. Sin horizonte. Nada queda del sueño americano o de cualquier sueño civili-

zatorio. Los personajes de Jarmusch parecen perplejos frente al atraco sufrido en algún momento de sus vidas, arrojados a un mundo sin historia y sin futuro, siempre tienen que enfrentar situaciones límite en sus vidas.

Como migrantes, expulsados de otras realidades, están ya en las orillas del nuevo territorio que habitan. La mirada de Jarmusch acompaña a sus personajes con fidelidad, el tiempo cinematográfico se confunde con el tiempo real para subrayar la desolación, pero también el candor de sus antihéroes. Como esa Eva universal de *Extraños en el Paraíso* arrastrando su maleta por las calles de Cleveland; o Tom Waits recuperando sus zapatos en la calle de un suburbio de Nueva Orleans; o el hombre más desdichado del mundo tirado en una calle de Helsinki mientras amanece en Finlandia, cuando en realidad empieza a anochecer en otro punto de la tierra, en una circularidad que recrea la vida en el planeta.

La vida en la tierra parece producto de una travesura, de una mala jugada de los dioses, o de los poderosos de la globalización. Desde algún Olimpo alguien arrojó a un hombre que era payaso en Alemania del Este y ahora es taxista en Nueva York, aunque no sepa conducir un auto; o a William Blake quien reclama su puesto de trabajo en un mundo sin leyes, con un contrato firmado por el patrón que lo desconoce con una escopeta en la mano; o al italiano Begnini en una cárcel de Nueva Orleans quien sin saber inglés declama las poesías de Robert Frost.

El mundo está cansado y aunque no hay esperanza, pareciera empezar de

* Profesora-investigadora del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco

nuevo. No hay ningún propósito, son las vivencias elementales de estar y de transmitir, y quizá eso baste para recrearlo. Jarmusch no se compromete, sólo mira de soslayo y con ternura a sus personajes.

Pero aun sin horizontes, es necesario reinventar los códigos con la fuerza de la poesía y de la música. Puede ser el *rap* de los negros en *Ghost dog*, o las alegorías a William Blake en *Hombre muerto*; o la música del gutural Tom Waits y de Neil Young, lo cierto es que el lenguaje se está inventando apenas. Aunque también es posible que el lenguaje no sea necesario para que los hombres se comuniquen y se reen cuentren como *Ghost dog* y el vendedor de helados.

Hay una inocencia primigenia en los personajes de Jarmusch, por eso su maldad es tan infantil. Los mafiosos que matan a quemarropa en *Ghost dog* reaccionan como miembros de la tribu a quienes les han invadido su territorio y además les hablan en una lengua que no entienden. En esa historia la violencia es el instrumento para restablecer las antiguas reglas del honor: el de la familia para los agotados mafiosos, y el de la lealtad al señor del antiguo Japón para el personaje principal. De esa violencia nadie deriva un lucro — los mafiosos no tienen dinero para pagar la renta—, son, como todos sus protagonistas, marginales, expulsados del capitalismo. Se trata simplemente de la elemental necesidad de la sobrevivencia, de tener un lugar en el mundo y de hacer valer antiguos códigos de honor, como el de la gratitud, por ejemplo.

En los balbucesos de la infancia de la humanidad en la que transcurren las

historias de Jarmusch hay que volver a nombrar a los hombres, como a las cosas: ¿Cómo te llamas? es una pregunta que repiten sus protagonistas: el taxista alemán y el negro en Nueva York de *Noche en la tierra*, Nobody y William Blake en *Hombre muerto*. Así son los niños, seguramente así fue la humanidad en su infancia.

Y como se trata de esa infancia, las leyes se sufren pero no se respetan y las pequeñas redenciones de la vida son producto de la audacia o de los golpes de fortuna. Así se puede huir de la cárcel de Orleans y encontrar casa, comida y amor en medio del bosque; ganar el juego de cartas en Cleveland; recibir dinero por casualidad como Eva en Florida, o salvarse por los cuidados de un indio en el oeste en *Hombre muerto*.

La globalización se vive como un *Big Bang*, los hombres no encuentran su lugar en la tierra, quizá porque nunca hubo lugar para ellos y todo fue una ilusión, un sueño, del que parecen estar despertando. No sólo es el taxista en Nueva York que no sabe conducir un auto, es también el inglés trasladado a Memphis que tiene que sufrir su parecido con Elvis Presley; son los primos húngaros de *Extraños en el Paraíso* que siguen su errancia; es el japonés en *El tren del misterio* de cara triste pero inmensamente feliz para quien Memphis es igual a su pueblo natal Yokohama; es el negro de Costa de Marfil que vive en París y que sufre las burlas de otros negros como él; es Nobody de *Hombre muerto* quien fue desterrado de su tribu y exhibido en una feria en Londres.

En todos flota la nostalgia de algún paraíso perdido, en lugar del *Tv*

plate, Eva añora la carne de verdad que comía en Budapest; en lugar del taxi en Nueva York el payaso recuerda la pista del circo en Alemania del Este; en lugar del Memphis decaído, el glamour de los tiempos del rey del *rock* que hoy sólo es un fantasma, como su ciudad natal, como sus habitantes; en lugar del joven contador perdido en el oeste, el portentoso poeta y pintor del siglo XVIII, William Blake.

El progreso es un infierno que se traga a los hombres como la fundidora de Machine, el pueblo de *Hombre muerto*, y para sobrevivir hay que recuperar la poesía y hablar con las armas de fuego. Y ese progreso es también el cuartucho del inmigrante húngaro, o el puesto de hot-dogs de Eva, o el paisaje del lago Eire en una noche oscura y tormentosa. Pero a pesar de la desolación que la mala jugada de los dioses hacen pasar a los hombres, la ternura no se ha perdido, por eso los vikingos finlandeses lloran consternados y solidarios con el taxista al enterarse de la muerte de su niña, “pequeña como un cacahuete”.

La globalización va viento en popa y para Jarmusch pareciera que la Humanidad está apenas en su infancia, aunque sólo sea porque está de regreso de una historia que le ha sido robada, o simplemente porque esa historia apenas fue un sueño, o tal vez porque está empezando. Pero a pesar de todo, o quizá por eso, “el mundo es triste y hermoso”, como dice uno de los personajes de *Bajo la ley*. ✦